



Entre el deseo y el amor: la vocación

Así, aquí mismo, con unas plumillas de cisne en las sienes, con esta voz temblorosa y ronca como la de un cuervo en cautividad, con los ojos que se hacen cada vez más turbios y cegatos conforme alguna que otra vez progresan los ojos del espíritu en la ciencia suprema de la vida, aquí y ahora, yo, Castillo-Puche, cuerpo y alma, inquieto peregrino, alborotador nato, aunque voy llegando a la calma de mi ser, sin dejar de ser yo mismo, quiero rememorar los recuerdos que conservo como olorosos membrillos guardados en la vieja arca de la memoria, aromada arca de los recuerdos que subsisten como escalas sucesivas del proyecto de una vida, que ha querido ser veraz, ilusionada, y que ha sido también a veces trunca, con momentos inmarchitos de una voluntad rabiosamente enérgica, ocasionalmente deprimente, con horas dóciles, horas rebeldes, horas de indecisión, de resuelta insumisión, de temeraria dubitación, en aquel tiempo del despegue y amarre en el puerto de una extrema sinceridad personal.

Rememoro ahora mismo el espejo gris-oscuro-gastado de aquellos alzados escalones de San Fulgencio, uno de los santos del cuarteto cartagenero, acaso el menos conocido por los propios seminaristas ya que San Leandro y San Isidoro habían copado toda la celebridad, al menos en el terreno cultural, y me veo ahora mismo bajando, subiendo, volviendo a bajar y a subir aquellos simbólicos escalones, en los cuales, por las pisadas de aspirantes y dimitidos, de seminaristas fugados o «retirados», de tantos teólogos que llegaron a la ordenación sacerdotal, en aquellos escalones, digo, hay concentrada mucha historia de la Iglesia murciana, ejemplos magníficos algunos, y ejemplos desejenlos irremediadamente fatales, otros. Pero quizás esto no sea más que una partitura providencial

de lo que representan la verdad y la hipocresía, inevitablemente unidas, en gloria y desastre, en fiabilidad y fragilidad humanas.

Quiero acordarme también de las escaleras de madera vieja y carcomida que iban hasta la Rectoral, y de los andenes —más que claustros— del edificio, maderas que se hacían solemnes y luminosas al paso de «la Señora», a la que yo mismo vi destruir salvajemente en el asalto al seminario al principio de la guerra, y vi también sacar de su corazón de plata la lista de siervos consagrados a su amor, entre los que estaba y estuvo siempre mi primo jesuita, José Antonio, un alma de Dios, en el verdadero sentido de la palabra.

En aquellas rutinarias y moldeadas escaleras había quedado indeleble el desfile de generaciones de seminaristas, y también, piso a piso, sala a sala, con grandes grabados de arqueología romana, en todo el conglomerado de capilla, sala de estudio, refectorio, aulas, patios, había y permanecía como petrificado un semillero de vocaciones de idealismo, sacrificio, entrega, y mezclada con ellos la historia más extraña de candidatos a la deserción. Yo fui uno de esos candidatos. Yo fui uno de esos desertores, aunque tengo que añadir que mis razones fueron invencibles.

Yo viví más de cinco años de mi adolescencia subiendo y bajando en fila aquellas escaleras, recorriendo las salas, todo en un bello repertorio de sueños e incertidumbres, de anhelos y deseos espirituales de una emoción inolvidable, aunque, personalmente, mi alma se agitara siempre entre la atracción y la liberación, entre la adoración de la divina belleza y el fugitivo impulso hacia otras querencias y otras soledades.

Se trata en mi caso, como en el de otros, de un conflicto muy personal, íntimo y desgarrador, la lucha entre dos destinos que se presentan opuestos y de hecho lo son: el altar o la calle. Choque profundo del amor en dos direcciones, dos trayectorias vitales irreconciliables, dos paisajes interiores tan diversos, dos orbes que surgiendo en lo esencial del mismo corazón, transcurrirán por derroteros muy distintos.

Porque en medio está el hombre, el hombre como árbol de paraíso o como madero de cruz —siempre la cruz se atravesará en nuestros caminos— y siempre el hombre se enfrentará, se moverá, se jugará su destino o su suerte, su paz y su guerra, entre la fe y la duda, entre la oblación y otras opciones del destino humano, porque el hombre deberá ser siempre hombre libre y la gracia siempre puede esperarnos en cualquier esquina de la vida.

Yo doy, por supuesto, a la vocación, a la verdadera y auténtica vocación, todo su peso y el rango superior a ningún otro destino humano, res-

ponsabilidad también muy alta y arriesgada; pero toda existencia humana es ardua peregrinación por llegar a ser el que uno está llamado a ser, y en esta peregrinación radica precisamente la cuestión de ser hombre con su libertad auestas, una libertad auestas, una libertad que a menudo pesa extrañamente si queremos ejercerla con plenitud de responsabilidad y claridad de conciencia.

Como diría Ortega, nuestro «yo» es en sí una vocación y un destino, y siempre tendremos un margen de libertad para cumplirlo. Pero no cumplirlo por capricho o por frivolidad siempre nos acarreará un destino dramático, del mismo modo que intentar cumplirlo por imposición familiar o ajena acabará siendo doblemente trágico, o por lo menos será siempre insincero, desleal y conflictivo. La vocación es para mí el mayor de los tesoros cuando se conlleva con libertad; pero será una auténtica ruina cuando se acepta y se sigue hasta el final coaccionados por voluntades ajenas. Para mí, vocación tiene que ser libertad de espíritu y sólo así resaltaré la perfección del servicio a Dios y a los hombres, auténtica belleza de una vocación, cuando el deseo se confunde y complementa con el amor. Por supuesto, creo que tampoco será deleznable su contraria, es decir, cuando el hombre toma una determinación en lucha por fundir y coronar la vocación del propio yo contra elecciones no realizadas desde la voluntad íntima y libre del propio ser.

En cualquier caso, el yo auténtico debe buscar en profundidad y quizás con dolor, su propia luz y la propia misión, sea apostólica o terrena, y el ideal y la felicidad aparecerá cuando la llamada coincida con la elección; pero ya sabemos aquello, tan cierto, de que «muchos son los llamados y pocos los elegidos».

Y permitidme que vuelva a citar a Ortega, a quien yo ya leía en San Fulgencio, aunque a escondidas, cuando dice:

«Cada hombre, entre sus varios seres posibles, encuentra siempre uno que es su auténtico ser. Y la voz que le llama a ese auténtico ser es lo que llamamos "vocación". Sólo se vive a sí mismo, sólo vive de verdad, el que vive su vocación, el que coincide con su verdadero "sísismo"».

Y si ya en aquellos años yo comencé la lectura de Ortega, de Unamuno, de Azorín y de Miró, todos ellos prohibidos en el seminario entonces, está claro que mi vocación no era la sacerdotal sino la literaria. Reconozco que cambié una más elevada vocación por otra menos elevada, más a ras de suelo, pero que para mí resultó invencible. Mis lecturas, no sólo en San Fulgencio, sino después de la guerra en Comillas, me proporcionaron grandes disgustos. Pero no me he arrepentido hasta ahora de los

hechos de mi conciencia ni de mis rebeldías, lo cual no impide ni nadie me quitará nunca mi gratitud al Seminario, sobre todo al de San Fulgencio, donde empecé a leer, a escribir y donde así empecé a construir mi definitiva vocación. (Ya he contado otras veces que aquí, en San Fulgencio, obtuve mi primer premio literario, de la Universidad Popular de Cartagena, por un trabajo sobre San Isidoro. El premio consistió en diez mil pesetas y un reloj de pulsera, que fue también mi primer reloj).

Guardo un entrañable recuerdo de aquellos años que me permitieron leer, buscar mi propia revelación, dedicarme a perfilar el futuro que más se adaptaba a mis condiciones. El seminario me enseñó a pensar, me enseñó a sentir incluso la naturaleza, las debilidades de los hombres y la grandeza de Dios. Aquí en San Fulgencio nació y se cuajó mi sueño de escritor, y creo que no fue precisamente en contra de los designios de Dios, ya que hay vidas que nacen y discurren a favor de la corriente y otras que tienen que salvarse luchando contra la corriente, poniendo en tensión creadora los hábitos facilitones que son, en apariencia, el brazo de la Providencia. Mi destino íntimo estaba obviamente en aceptar el dilema, esto o lo otro, y ser capaz de realizar el deseo sin faltar en el amor.

Pero no quisiera seguir adelante sin traer aquí también un ejemplo cervantino, ya que Cervantes también fue mi maestro en el seminario, y sobre todo porque no tenía que leerlo tan a escondidas como los otros citados. En un pasaje del Quijote se queja un padre de que su hijo no quiere estudiar Teología, sino que se ha entregado en cuerpo y alma a la poesía. Y dice así:

«Yo, señor don Quijote, tengo un hijo que, a no tenerlo, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no es porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de dieciocho años: los más ha estado en Salamanca aprendiendo las letras, lengua latina y griega, y cuando quise que pasase a estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la Poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la Teología».

La respuesta de Cervantes, a través de don Quijote, es de tal sabiduría que vale para aquel tiempo y para éste de ahora. Da don Quijote consejos al contrariado padre sobre lo desacertado de obligar a los hijos a que sigan unos determinados estudios, o sea, imponerles una vocación. Dice así:

«Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan la vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños

por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles a que estudien ésta o aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirlos no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquéllas que suelen deshorrar a quien las posee».

La opinión de Cervantes no puede ser más contundente: los padres, ni madres, ni parientes deben imponer las vocaciones, y menos todavía si se trata de la más alta y sagrada de las vocaciones, como es la sacerdotal. Afortunadamente, las cosas han cambiado mucho desde que yo sufrí el seminario, cuando una madre amorosa y enamorada de un futuro sagrado para su hijo lo envía al seminario a los nueve años. Hoy las vocaciones son más tardías y los jóvenes tienen la capacidad y la fortuna de elegir libremente su vocación, y dichoso el que elija la vocación sacerdotal en una conjunción perfecta de deseo y de amor.

Ya hemos visto que Cervantes defiende la libertad de elección. Pero el problema de la vocación no sólo consiste tampoco en elegir, sino también en acertar. La libertad de elección es esencialmente necesaria para asegurarse un futuro de autenticidad; acertar para los otros no es acertar para uno mismo, y de ahí que la verdadera clave de toda vocación es dar espacio y tiempo al propio destino. Elegir pero no acertar puede ser también dramático y convertir toda una vida en sacrificio total; pero puede ser un sacrificio hermoso cuando se lleva con dignidad y con amor. En estos casos es necesario aceptar la carga poniéndolo todo del lado del amor; no siempre se acierta, no siempre tenemos la claridad necesaria a la hora de elegir, sino que la vida nos pone a menudo en el más agudo trance de la perplejidad, pero eso es consustancial a la condición del hombre en su azaroso existir.

Pero estamos aquí para celebrar el IV centenario de San Fulgencio, generaciones y generaciones de sacerdotes, pastores de una grey inmensa en estas tierras ardientes donde humedad y sequedad, sol y arena, frutos colgantes y rocas polvorientas, son también temperatura y pulso de las almas. Aunque fuera solamente por estos cuatrocientos años de vida fecunda, espiritual y docente, uno tiene que sentirse orgulloso de haber pertenecido a San Fulgencio, de haber formado parte de aquellas emparejadas filas de becas verdes y ridículos bonetes de picos, sarta ruidosa de

latines macarrónicos, ejército infantil y pacífico cruzando las estrechas callejuelas junto al adormecedor reposo de las moreras o junto a las barandas del Puente de los Milagros, chiquillería traviesa reprimida por una gravedad convenida, juventud que caminaba pausadamente, acaso meditando en el paso trascendental que íbamos a dar. Me veo dentro de aquella colmena, con tantas celdas como pasillos, un laberinto de muros prietos, sin apenas ventanas y con escasos balcones a la luz del día, especie de cárcel o cuartel de almas en el cogollo mismo de la ciudad, muros de cal y piedra en cuyos patios jugábamos al fútbol con una pelota de trapo; una capilla oscura y profunda, apta para las meditaciones espirituales y las pláticas coercitivas y preumbrosas.

Pero mi desarrollo intelectual fue desde un principio más emocional y basado en los instintos y curiosidades de los sentidos que en las de la razón, aunque tuve mis etapas místicas en las que soñaba prácticamente con el martirio como un párvulo teólogo de la liberación, porque ciertamente siempre estuve más cerca del Jesús que está junto a los que sufren persecución, hambre, cárcel o exilio, y siempre quise entender y entendí que el Cristo tenía que ser liberador, no sólo del pecado y de la muerte con su resurrección, y más que juez sentenciador para mí el Cristo tenía que ser perdonador de los pecados y salvador de los que sufren, o sea, una revolución del amor. Con un temperamento tan nervioso como el mío, y tan impulsivo, con la floración sentimental y estética a flor de piel, se comprenderá muy bien que me fuese difícil sujetarme a obediencias excesivas, disciplinas rígidas y normas inflexibles. Sin embargo, como hombre religioso que siempre he sido, he aceptado de buen grado no sólo los misterios de la fe, sino incluso leyendas algunas veces contradictorias.

Y puedo decir que fui hasta cierto punto un mimado en San Fulgencio, no sólo elegido con frecuencia para servir la mesa del obispo, sino también como solista para cantar en la Schola Cantorum, porque al parecer tenía una voz de tiple impresionante. Esto me proporcionaba ciertos privilegios; pero un día en que se celebraba una función litúrgica solemnísimamente, con gran cantidad de invitados, fallé en los bemoles y solté un gallo superagudo que me puso y nos puso a todos en un ridículo espantoso. Por supuesto ya no volví a cantar solo, porque mi voz había cambiado atrozmente de la noche a la mañana. Y esto me recuerda otro episodio desgraciado: por aquellos años yo era un saco de nervios tirantes y a veces desatados, y una tarde de domingo lluvioso, otro compañero y yo dejamos a toda la comunidad sin cine, porque trasteando entre los dos el

proyector, nunca quise denunciar que mi compañero aprovechó para fumar un cigarro, y de pronto se nos incendió el rollo de la película con gran peligro para el propio pellejo y para el resto del seminario. Menos mal que así como fuimos torpes para desencadenar el fuego, nos portamos luego como verdaderos héroes para apagarlo entre los decorados y las bambalinas que había al final del salón.

De pronto la voz chillona de un superior, nos gritó:

– De rodillas hasta que suene la nona.

¿Y cuándo sonaría la nona? Recuerdo que por lo menos tardó un siglo.

Aparte de estos episodios esporádicos, mis mayores travesuras consistían en hacer versos, que luego rompía, mientras los demás seminaristas hincaban los codos sobre la Filosofía de Zigliara o la Teología Moral de Ferreres. Sentado en el Estudio durante horas interminables, mis ojos se volaban hacia las locas y provocativas palomas que iban y volvían desde las cornisas y los tejados al espléndido imafrente de la Catedral, donde elegían las barbas de San Fulgencio o las tocas de Santa Florentina para sus zureos y arrumacos, y no dejaban santo en paz, ni a San Liciano ni a San Ginés de la Jara, ni siquiera a Santa Teresa que aparecía con su libro abierto entre las manos y su pluma en alto. Palomas blancas, grises y hasta alguna casi negra, que no respetaban nada, que lo mismo se apareaban sobre la cabezota de San Poncio Porcario, o sobre la corona de San Basileo, sobre la cruz de San Petronio o la mitra de San Patricio. Atrevidas palomas que se escondían zureando en las hornacinas de Santo Tomás de Aquino y hacían sus nidos en las de San Fernando o San Hermenegildo. Mi imaginación volaba también ardiente y ágil hacia la enorme concha marina que corona el imafrente como un gran dosel de protección para la Virgen de la Asunción y aún para toda la ciudad y para la región entera. Mi imaginación recorría con las aleteantes palomas el colosal retablo de piedra, con sus ángeles y arcángeles adolescentes, desde la maravillosa exedra alada para descender a los frisos y los basamentos de mármol negro y volver a ascender hasta las hornacinas de San Juan Bautista, San José y sobre todo de Santa Ana, que yo pensaba entonces que se parecía un poco a mi madre. Todo un santoral cargado de palomas, desde San Pedro y San Pablo a San Fulgencio que era el único que aparecía con casulla de pontifical.

Y yo no sólo hacía versos sino que soñaba con hacer un auto sacramental para esta excelsa plaza digna de Calderón de la Barca, y todo entonces era maravilloso para mí, que por cierto, pasado el tiempo, escri-

biría el auto sacramental entonces soñado, que titulé «Los locos tienen razón» y que recibiría en Madrid, por los años cuarenta y tantos el Premio de Teatro Lope de Rueda, aunque nunca llegó a estrenarse. Por fortuna.

Pero la anécdota más curiosa y sorprendente que me sucedió en San Fulgencio fue la siguiente: iba yo, alguna vez como otros compañeros, a la catedral para hacer de acólito o turiferario durante los oficios y siempre al entrar clavaba los ojos en la limagen de San Fulgencio que aparece junto a sus hermanos, San Isidoro y San Leandro. A mí me gustaba la imagen de San Fulgencio con su casulla y con un libro bajo el brazo. Pero aquel día me quedé turulado cuando en la sacristía, asistí a la conversación de dos beneficiados y canónigos, uno de ellos al que llamaban «el poeta» porque efectivamente lo era, y había escrito el himno a Murcia, y que por cierto, no sé si por la afinidad literaria, me había nombrado su ayudante en la clases de Lógica y me tenía gran simpatía, pues éste, don José Márquez, dijo que San Fulgencio era un mero fantasma histórico, es decir, como si San Fulgencio no hubiera existido. Esto causó tanto asombro en mí que creí que don José estaba loco. Le contestó el otro beneficiado diciéndole:

– ¿Cómo puedes decir eso? ¿No lo ves ahí, tallado en piedra, con casulla y anillo?

Pero para mi asombro don José no se dejó apabullar y contestó con firmeza y seguridad:

– Ese que está ahí en piedra es el Cardenal Belluga.

Al salir de la Catedral, me detuve frente a la portentosa fachada y miré con pena la imagen de San Fulgencio entre el barullo de las palomas. Para mí, en aquel momento, un poeta eclesiástico pero chiflado había querido degradar la figura de San Fulgencio.

¿Existió o no existió San Fulgencio? ¿Fue o no fue obispo de Ecija y de Cartagena? Pasados los años pude enterarme de que efectivamente, existe una polémica en torno a la figura de San Fulgencio, ya que hay historiadores que creen que su existencia, al menos como santo y como obispo de Cartagena, fue una invención operística del Cardenal Belluga, que tenía tal prepotencia y poder que era capaz de inventar santos tanto en Murcia como en la propia Roma. Creo personalmente que San Fulgencio existió, por supuesto y fue hermano de los otros santos, San Isidoro, San Leandro y Santa Florentina, pero quizás él no fue un hermano de la misma categoría intelectual y eclesiástica de los otros tres. Pero incluso pudo ser más santo, por su humildad, su sencillez, su bondad. Hay un

dato curioso y es el anacronismo que resulta de la perilla de San Fulgencio, que es exactamente la perilla que usaba el Cardenal Belluga en el siglo XVIII y que resultaría anacrónica en el siglo VII en que sin duda vivió San Fulgencio. Parece así innegable que el poderoso Cardenal quiso inmortalizar su figura en la de San Fulgencio. Yo, por supuesto, no quiero ni estoy preparado para entrar en esta polémica que exigiría arduas investigaciones. San Fulgencio sigue siendo un gran patrono, un tanto ambiguo y casero, pero renovador de la obediencia, la disciplina y la piedad.

En cualquier caso es irrelevante que la figura de San Fulgencio sea más o menos auténtica. Lo que es auténtico es el Seminario, como lo atestiguan sus cuatrocientos años de vida, con su hornacina en lo alto, su grandeza monolítica y ahora con nuevo edificio, nuevo sistema educativo y ascético, a tono con los tiempos. El caserón antiguo que tanta gloria cultural dio a la región, como academia del espíritu, está superado, y nuevas reglas más sociales y dialogantes, más convivenciales y comunicativas, llevan adelante una teología más cercana al pueblo murciano, más humana, y hermana del Cristo pan y vino para la supervivencia, y también del Cristo más próximo a los pobres, los marginados y los oprimidos, que ésta es la enseñanza que aprendimos en el Evangelio.

Y desde nuestra postura junto a la Iglesia, queremos ante todo felicitar al Seminario, a sus superiores y a nuestro Obispo por esta celebración tan oportuna, merecida y fecunda para el futuro de una institución que ha demostrado ser inmovible y esencial para la vida de la Iglesia.

(Conferencia leída dentro del ciclo de conferencias con motivo del IV Centenario de la Fundación del Seminario Conciliar de San Fulgencio, patrono de la diócesis).

J. L. CASTILLO-PUCHE

Catedrático jubilado y Escritor. Madrid